

## MAX MÜLLER Y LA CIENCIA DEL LENGUAJE

La historia de la filología comprende, entre otras cosas, el desarrollo de las teorías acerca de la esencia del lenguaje. Este desarrollo no se ha operado siempre conforme a un ritmo ascendente; y como sucede en la historia de todas las ciencias, también en la filología aparecen etapas de compleja formación, de valor absoluto, al lado de momentos simples, de escaso valor, en los que hasta es posible marcar un relativo retroceso de la investigación. Un solo problema —el problema de la naturaleza de la expresión— es indicador suficiente de esta peculiar evolución de las teorías; en él se ha concentrado, en ciertos períodos, la problemática de la lingüística y ha bastado para que se forme al lado suyo un inmenso acopio de doctrinas, así como también, y entrecruzándose con él, un no pequeño acervo de discrepancias, de errores subterráneamente deslizados.

El libro de Max Müller, "Lectures on the Science of Language", que acaba de reeditarse en la Argentina, muestra de qué modo un proceso de elaboración científica rigurosamente filológico sirve a la postre para dar luz sobre la esencia íntima del lenguaje. Es posible que Max Müller comprendiera el problema del origen y naturaleza de los idiomas como el problema radical y supremo de la filología comparada. Más interesante que esto debía parecerle el planteo y la solución misma del problema; y supuesto que, según él, en toda ciencia existen tres períodos del desarrollo de sus cuestiones fundamentales, resulta claro que la esencia y el origen del lenguaje, cuestión hondamente metafísica a despecho de la tangibilidad homogénea de los materiales, debe exponerse en el último de esos períodos, el período de la teoría. Así, pues, se resuelve en las "Lecciones" el lugar que debe ocupar el problema en la orgánica disposición de la ciencia. Antes de saber qué es el lenguaje, precisa observarlo en sus orígenes positivos y concretos, examinarlo en sus formas primarias y verlo desenvolverse en el escenario de razas, pueblos, épocas y períodos; antes de averiguar su íntimo

comportamiento, su primigenio ser, compararlo en el despliegue histórico, en sus manifestaciones intratemporarias, en el cruce de los espacios geográficos, en su más contrastable jerarquía. Sólo al cabo de estas dos tareas capitales puede pensarse en una diferenciación de su ser específico y lo específico de otros seres; de su propia génesis, individual o histórica y colectiva, y lo individual o histórico en la génesis de otros productos; en una palabra, sólo así puede llegarse, mediante un camino de experiencias repetidas y metodológicamente comprobadas, al verdadero planteo y a un ensayo de solución del ser, de la forma y la finalidad del lenguaje. Max Müller no sólo ha propuesto el camino sino que lo ha recorrido él mismo. En la travesía que él hizo entonces, el investigador de hoy puede encontrar lagunas o residuos. No obstante, puede sentir igualmente todavía cómo gravitan sobre el eje metódico de su sistema cuestiones impercederas a las que pertenece la aquí señalada y cuyo valor reside en presentarla como una resultante de la labor analítica y experimental y no como una hipótesis o anticipación de la necesaria meta a que debe conducir el examen.

Pero, además, la filología tiene otros problemas que no son ni la averiguación de la esencia del lenguaje ni la fórmula de su origen. Justamente, la obra de Max Müller es un ejemplo de la múltiple actividad a que dicha ciencia está obligada si quiere comprender bajo la apariencia de las formas del lenguaje el núcleo de disciplinas científicas particulares y el nacimiento de concretas aspiraciones humanas de carácter espiritual. En la primera de estas "Lecciones" hay una frase del filólogo que encierra una de las grandes conclusiones de toda su vida científica: la mitología, esa plaga de la antigüedad, es en realidad una enfermedad del lenguaje. Para comprender esta afirmación es necesario tener presente que, dentro del plan de las obras de Max Müller, los dos puntos fundamentales que sirven al desarrollo de sus teorías están representados de una parte por la mitología, de otra por la ciencia del lenguaje y, si se quiere, en medio de ellas y fecundada por su sustancia, la teoría de las religiones. Pues bien; la mitología, para nuestro filólogo, no es más que una disciplina afín y obediente a la filología. No obstante, es preciso observar cómo este carácter dependiente de la mitología opera ya en los primeros planos de la concepción del lenguaje, de Max Müller. Dijérase que retrotrae el lenguaje al origen del fenómeno mítico. A primera vista esto no aparece claro; pero se torna luminoso desde el momento en que las creaciones míticas se analizan como creaciones verbales. Lo material y concreto de la significación de éstas no es, lingüísticamente hablando, sino la correspondencia fonética de impresiones sensibles, de excitaciones del mundo exterior percibidas o recibidas por el espíritu del individuo. Su representación intelectual tiene un carácter, en cierta manera, evocador; y esta representación, dígase lo que se quiera, es ya el comienzo, la semilla de la concepción mítica personalizada. Sólo que, por otra parte, para que esta personalización o personi-

ficación se complete y tome gesto y voz humana, ha de intervenir un factor decisivo: el tiempo. El tiempo, pues, o ciertas circunstancias que le están subordinadas o que con él se dan, origina la desuetud o, más bien, el carácter de menor fuerza, de pérdida de vitalidad de la expresión. Ahora bien; del carácter concreto de la significación verbal se forma a la postre su carácter abstracto, cualitativo, general. Procedimientos polionímicos y sinonímicos contribuyen al enriquecimiento intelectual de la expresión; pero mientras el fenómeno del enriquecimiento verbal crece, y mientras la pérdida de la significación concreta de la expresión se acentúa, el nombre, como resultado, tiende a la esquematización y solidificación de su cualidad primaria. Un nombre mitológico no es más que el resumen de este proceso. Es nombre de un hecho primordial que afecta al individuo, simple gesto sonoro. Al desgaste fonético corresponde la abstracción. A la abstracción sucede la personificación. Un personaje mítico encarna una deformación del lenguaje; es, por sí mismo, la concreción del fenómeno de desgaste de la expresión. De allí que Max Müller, lo mismo que Kuhn, vea en la mitología una enfermedad del lenguaje. Pero por y a través del carácter morbosos de los términos, cumple Max Müller otra tarea que no hay que olvidar ni puede ser omitida. Una fundamentación lingüística de la mitología sólo tiene sentido desde el momento en que la pura ciencia del lenguaje ha establecido la categoría de la expresión como categoría histórica irreductible. Hay que decir, a propósito de esto, que el autor de las "Lecciones" lo ha creído y formulado. Los nombres de Dyaus en sánscrito y Zeus en griego; los de Lucina, Hecate, Pyrra transparentan, científicamente reducidos, los fenómenos primarios y elementales a base de los cuales es posible interpretar tanto el fenómeno mítico en sí, en cuanto estructura anímica, así como su significación y calidad radicalmente expresiva, esto es, lingüística.

Importa tener presente este aspecto de la interpretación de los mitos por Max Müller, a fin de darle su correspondiente valor y para que se comprenda mejor su posición dentro del plan de la ciencia del lenguaje y de la ciencia de la religión. Más adelante se verá cómo la mitología tiene, en la función que le asigna Max Müller, su lugar respectivo en la evolución general del lenguaje. Antes de ello conviene decir cómo la religión entra a formar parte de la teoría de la filología comparada. La relación se establece aquí por el paralelismo de la unidad o inseparabilidad del pensamiento y el lenguaje, y la unidad e inseparabilidad del lenguaje y el sentimiento religioso. Es esta una relación inmediata y fundamental. De ella depende y por ella se cumple la jerarquía de los sentimientos religiosos en la estructura del espíritu individual. Supuesta la finalidad de la religión como una aspiración humana a un ideal representado por el Creador frente a la criatura, existen luego las diversas variedades de sentimiento o expresión religiosa que se dan en el ámbito de lo histórico. Pero, como ya se ha dicho, lo esencial es

la inseparabilidad de dicho sentimiento y lo que constituye su denominación o fórmula expresiva. Para Max Müller esta idea fundamental es el correlato de la idea fundamental de un común y único origen de las lenguas. Se comprende que, supuesta o aceptada esta comunidad de origen, las formas rituales expresadas en la palabra no pueden discrepar fundamentalmente entre sí; o, en otros términos, que lo que sirve de molde a un sentimiento particular tal como el sentimiento religioso, debe identificarse con lo que forma el sustrato de toda expresión. Esto parece ser efectivamente así. Pero, además, pareciale tan evidente a Max Müller esta construcción teórica de la historia de la religión, que rechazó la clasificación de éstas en verdaderas o falsas, naturales o reveladas, mono-teístas y politeístas, porque ella, en su base, contradiría el hecho primario de la identidad de sentimiento y expresión. En cambio, se atrevió a lo que, dada su teoría general de las lenguas, no podía menos que suceder: a suponer una religión única, del mismo modo que no era anticientífico suponer o, por lo menos, dar como posible una unidad de origen para el lenguaje. Y puesto que la filología comparada llegaba para él, en sus conclusiones, a la determinación de una raza primitiva, la raza aria, que, antes de su diseminación histórica, había o debía haber poseído un idioma común, el ario o indogermánico, también era evidente que las religiones, antes de su diversificación histórica, hubieran poseído un dominio étnico y una fórmula expresiva común en su origen. Existe, por tanto, una religión aria, anterior a las distintas ramificaciones que se conocen a través de las épocas y los lugares. También, para quienes conozcan la ciencia del lenguaje de Max Müller, aparece como una consecuencia que si en el dominio, si en la extensión de las lenguas conocidas puede llegarse al establecimiento de tres grandes grupos, ramas o familias de idiomas, la rama indogermánica, la rama semítica y la rama uro-altaica o turania, en la extensión histórica del dominio religioso tres grupos religiosos deben por fuerza existir. Este paralelismo —me parece— era demasiado confiado. Posteriormente comenzó a desconfiarse de que las lenguas que no eran ni por su filiación ni por su estructura pertenecientes al indogermánico o al semítico, tuvieran que acomodarse al turanio, según el parecer y el método de Max Müller y según, igualmente, la significación dada por él y por otros a esta palabra (Turan) contrapuesta a Iran, contraposición deducida y confirmada por el carácter nómada y el carácter sedentario de los Indos y la fijación racial de estas cualidades en otros lugares del universo. La convicción científica en el hallazgo de las raíces y en la determinación de su carácter monosilábico para el indogermánico, contribuía a fortalecer la sospecha de la unidad de origen del lenguaje; pero al poco tiempo se habló ya de la existencia de raíces disilábicas en el propio dominio indogermánico (1). Estos dos hechos: el rechazo de la clasificación indo-semítico-turania y la postulación de las raíces disi-

(1) Sayce.—Principles de Philologie Comparée—Trad. francesa de E. Jovy. 1884.

lábicas, son suficientes para no tener por definitiva la interpretación de la historia de las religiones de Max Müller.

Al principio de esta nota se vio cómo se planteaba y trataba de resolverse la cuestión del origen del lenguaje. El proceso de evolución de las lenguas llega paulatina y trabajosamente a la conclusión de que las raíces son los últimos elementos de que se componen; son su ser atómico, en cuyo seno duerme la energía de posibles formas futuras. No importa que una lengua aparezca en el período aglutinante o flexional. Lo interesante es poder dar con el elemento radical que debe hacer posible y visible la explicación de la fase aglutinante o de flexión. Pero una vez llegados aquí, el problema del origen se hace —y permítase el giro, ya generalmente aceptado— más problema. ¿Cómo y por qué se ha formado la raíz? Descartada la teoría de Schlegel, que tampoco soluciona el problema de las raíces como no resuelve el del desarrollo y variedad históricas, queda la teoría interjeccional u onomatopéyica y la teoría de la creación artificial. Una y otra son rechazadas por Max Müller. Pero, a su turno, tampoco él resuelve la cuestión. Que las raíces hayan podido comportarse comparativamente como el chino, dando lugar a procedimientos aglutinantes hasta llegar a una especie de flexión rudimentaria, es algo que parece escamotear el núcleo vivo e inquisitivo del problema. Abandonémosle nosotros ahora y observemos lo siguiente. Para Max Müller las raíces o tipos fonéticos tienen y manejan un sentido abstracto, están dominadas como por un instinto o aliento de universalidad gracias al cual lo particular y concreto se coloca con posterioridad a lo general y abstracto. Este tránsito, ¿en virtud de qué ha logrado producirse? En virtud de que la creación mítica ha cambiado el curso natural y ordinario, normal, de las cosas. Recuérdese cómo el mito nace de un desgaste de la expresión. Cuando la personificación mítica resulta y adviene a su existencia histórica, aparece dominante la fase concreta de su producirse, de su interna generación. Lo particular se presenta primero en el orden de la realidad y el término traslada su significación abstracta a un plano secundario. Este es el tránsito característico con el cual el mito vuelve a encarecer su importancia en el desarrollo del lenguaje y exige su constante revisión en el despliegue teórico de la ciencia de Müller.

Resulta apenas interesante para el desarrollo de las teorías científicas el que, al suceder en su cátedra de Oxford a Max Müller, Sayce se aprestara a sostener ideas tan contrapuestas a las de su inmediato antecesor. Fue Sayce quien habló, el primero, de las raíces disilábicas en el dominio de las lenguas indogermánicas; negó que la flexión casual se hubiese formado de las raíces pronominales; sostuvo que la pretendida unidad del lenguaje como originario de una sola fuente o bien de tres grupos distintos era inadmisibles, como lo demuestra el hecho de que ni la rama semítica ni la rama aria proceden de un tipo común, y en cuanto al problema del origen del lenguaje creyó que no era ni una cuestión ociosa ni

una cuestión insoluble, sino que simplemente desbordada del campo de la Glotología estricta. Mayormente curioso todo esto cuanto que consideraba inseparable el pensamiento de el lenguaje; cuanto que veía el sentido nuevo asignado a las palabras como un olvido de la significación originaria; que comprendía la explicación de la mitología como susceptible de ser dada por la historia de las palabras, adscribiendo a dicha explicación sólo el aspecto exterior de aquélla; y finalmente, que en la interpretación religiosa aceptó la creencia, ya supuesta o explícita en la obra de Max Müller, de que, a través de la sociedad en la cual la religión se expresa y toma forma, ésta se explica por la historia del lenguaje de que tal sociedad se sirve. Vista así, la ciencia del lenguaje, que tiene en las "Lecciones" un monumento consagratorio, es la sucesión de grandes problemas renovados siempre por el espíritu inagotable de la investigación.

Fernando Antonio MARTINEZ